



LA BAILARINA SANS-SOUCI

LIL DAGOVER HANS STUVE

— PUBLICATION
SEMANAL

50
GS

LOS
MEJORES
FILMS

Año I

Núm. 7

LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

Pasaje de la Paz,
número 10 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 18551
BARCELONA

LA BAILARINA SANS-SOUCI

Intrigante asunto, interpretado por
LIL DAGOVER, OTTO GEBUHR, HANS STUWE, etc.

Producción



Exclusiva de
Carlos Stella



Concesionarios para Cataluña, Aragón y Baleares:

Febrer y Blay

Rambla de Cataluña, 118

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76307

La bailarina Sans-Souci

Argumento de la película

Por toda Europa danzaba una nueva estrella: Barberina Campanini. El mundo entero se rendía a sus plantas, y sus danzas habían merecido el aplauso de los más altos prestigios de la tierra. También el gran rey Federico II de Prusia había oído hablar de ella, y la había requerido para el "Ballet" de la Ópera real.

Barberina era una muchacha bellísima, nacida en Italia y con todo el apasionamiento y seducción de su raza meridional. Libre, despreocupada, no admitía que nada ni nadie marchase sobre su voluntad.

Aquella mañana, acompañada de su madre, iba en diligencia camino de Berlín, para presentarse al rey de Prusia. Le agradaba por una parte el recibir el homenaje de la Corte y del entonces primero de los monarcas de Europa, mas le molestaba

también la orden de Federico, casi la coacción que éste había ejercido para que fuese a la capital.

De pronto, ya muy cerca de Berlín, unos soldados detuvieron su coche. Eran emisarios del rey, que venían a escoltarla para conducirla a palacio.

La bailarina se molestó ante aquellas precauciones. De buena gana hubiera mandado al infierno a toda la Corte. Pero tuvo que resignarse a seguir a los guerreros que escoltaban su carruaje.

Una idea hizo de súbito sonreír a la artista. Miró a su madre, que había sido cantante en otros tiempos, y le murmuró:

—Voy a saltar del coche.

—¿Estás loca?

—Quiero hacer rabiar un poco a Su Majestad.

—¿Sabes a lo que te expones?

—¡Silencio, mamá!

Y abriendo con disimulo la portezuela, saltó del coche a pesar de los gestos y aspavientos de la madrecita.

La Barberina, ágil, ligera, permaneció un rato acurrucada hasta que el carruaje se perdió a lo lejos... Después, risueña, encantada de su aventura, se dirigió tranquilamente hacia un mesón cercano, donde pidió almorzar.

Los mesoneros y algunos clientes contemplaron con extrañeza a aquella dama tan bella y juvenil, que se presentaba en circunstancias tan raras... ¿De dónde venía? ¿Quién era? ¿Cómo iba sola por esos caminos de Dios?

Entre los que se hallaban allí a aquella hora, figuraba el capitán barón von Cocceji, quien de regreso a Berlín, se había detenido en aquel mesón para tomar un refrigerio.

Le chocó la calidad de dama tan principal, tan solitaria, que iba tan desamparada por aquellas tierras fuera de la ciudad, y le agradó su belleza soberana.

¿Quién podía ser? Ninguna zafia maritornes, desde luego, ninguna mujer del pueblo, gris y vulgar; lo denotaba en su corrección, en sus gestos de gran señora, en la distinción con que comía.

Dispuesto a salir de dudas, pero con cierta timidez, que era el reflejo de su carácter, el joven capitán Cocceji se dirigió a su encuentro.

—Perdone la indiscreción, señorita, pero, ¿viene usted de muy lejos?

—Sí—contestó sonriente.

—¿De Austria?

—Permítame que me lo reserve.

—Pero, ¿vino sola?

—No creo que nadie se atreva a hacer nada contra mí.

—Una mujer bonita se expone a muchos percances.

—Connigo nadie se atrevió jamás.

Y sonreía, mostrando la nevada hilera de sus dientes que tenían como reflejos de luna.

Cocceji sonrió también.

—¿Y no quiere decir su nombre?

—¿Para qué?

—Todo lo de usted es interesante.

—¡Bah! Llámeme el nombre que más le guste...

El joven capitán no se atrevió a insistir en sus pretensiones y viendo que ella se encerraba en un absoluto mutismo, se mantuvo también en gran discreción, apartándose de su lado y comprendiendo que allí estaba de más.

Poco después, la Barberina ordenaba pusieran a su disposición un carruaje para seguir hacia Berlín, y aunque el capitán se ofreció generosamente a acompañarla, ella negóse a aceptar su galantería.

Y en un pequeño coche la bailarina prosiguió su viaje a la capital, mientras Cocceji quedaba sumido en extraña melancolía, con el presentimiento de que no habría de volver a ver a mujer tan linda y delicada.

* * *

Cuando el coche que conducía a la madre de la Barberina llegó a Berlín, los soldados de la escolta se dieron cuenta de que la artista había desaparecido.

Disgustados, temiendo una severa sanción por lo que sería considerado una negligencia, interrogaron a la dama:

—¿Dónde está su hija?

—No sé...

—Usted la vió marchar. Diga inmediatamente dónde se encuentra.

—Les aseguro que lo ignoro. Me dormí... y ella aprovecharía mi sueño para escapar, o quizás se cayó del coche.

—¡Buena la hicimos!

Acudieron varios oficiales, y, como se demostrase que la madre era inocente de la fuga de la danzarina, la pusieron en libertad, y la buena señora, maldiciendo íntimamente los arranques de independencia de su hija, se fué a la fonda donde paraban siempre que visitaban Berlín.

La noticia de que la Barberina, contra lo que se esperaba, no había llegado a la ciudad, fué pronto del dominio de todos los cortesanos, quienes comentaron la audaz huída.

Uno de los magnates de la Corte fué a comunicar a otra bailarina, la que hasta entonces había ocupado el primer puesto en el Teatro de la Opera, la nueva de que la rival no había llegado.

—No sabes la alegría que me das—contestó la joven.

—Me hago cargo. Podrás volver a ocupar tu puesto en la Opera. Sin duda bailarás otra vez en ella.

—Me hubiera fastidiado que una extranjera me usurpara el puesto que hace tantos años ostento.

—Ya no hay peligro. Volverás a ser la reina del baile y de la canción.

La Barberina, sin embargo, no había renunciado a bailar ante su Majestad prusiana. Pero quería hacerlo libremente y había anhelado entrar en la capital sin la escolta, que parecía conducirla como prisionera. Era una mujer que no gustaba de que nadie coartase su libertad, ni aún tratándose de los más altos personajes.

A mediodía se presentó tranquilamente a ver a su madre, quien la reprimió con acritud.

—¿Cuándo acabarás de hacer locuras? Si me descuido me meten en la cárcel.

—A ti no te aguantan en la cárcel, mamá.

—Pero el susto no me lo quita nadie. ¿Me quieres explicar qué finalidad tuvo tu incomprensible huída? ¿Es que no pienas bailar ante el rey?

—Esta misma noche me presentaré en Palacio. Pero he querido demostrarle al monarca que vengo, no en calidad de pri-

sionera, como él en su orgullo pudo haber creído, sino de mujer perfectamente libre, que le hará al soberano la merced de bailar ante su Corte.

—Todo eso es un acto de inútil orgullo.

—Pero muy propio de mí.

Y aquella noche, ante la corte reunida que esperaba ser recibida por el rey, se presentó en uno de los salones de la antecámara, la bellísima Barberina, conocida también por el nombre de “La bailarina *Sans-Souci*”. Es decir, la mujer despreocupada, inquieta, ligera, eterno diablillo cuyas acciones parecen ir siempre al ritmo de una música loca.

Se presentó más encantadora, más bellamente ataviada que nunca. Llevaba un gran vestido de “soirée” y usaba una peluca rubia que hacía maravilloso contraste con sus ojos negros.

Sonreía gentilmente a todo el mundo, con aquella graciosa elegancia de las gentes de su época. Entre los que aguardaban estaba la bailarina de la Opera, quien sintió deseos de arañar el rostro de la rival que tan inesperadamente se presentaba.

También entre los que esperaban figuraba el barón Cocceji, quien asombrado reconoció en la bailarina a la dama incógnita del mesón.

Tímido, no se atrevió ahora a hablarla a pesar de las sonrisas de ella y de la gentil cordialidad con que parecía mirarle.

Iba la joven a dirigirle la palabra cuando se presentó el chambelán, quien dando con el alto bastón de borlas contra el suelo, dijo:

—Que pase la señorita Barberini Campanini.

Sonrió al ver como se establecía una preferencia para ella, y entró lentamente hacia el despacho del rey, mientras todos los cortesanos comentaban interiormente aquel triunfo.

¡Tener que esperar por una bailarina! ¡Tener que hacer ante-sala mientras el rey estaba conversando con la artista!

Muy gentil avanzó la mujer al encuentro del soberano, hombre todavía joven, de mirada noble y cordial, en la que brillaba el destello de los espíritus geniales.

El rey, sonriente, la cogió por la mano, obligándola a suspender la reverencia cortesana que había iniciado su visitante.

—¡Señor!

—No pensaba verte por aquí... Mis noticias eran muy distintas...

—Nunca pensé en dejar incumplido el compromiso que tenía con Vuestra Majestad.

—¿Por qué te fugaste, entonces? Lo sé todo...

Un capricho, un deseo de libertad, de que nadie me cohibiera. Pero al huir del coche yo me dije: Esta noche, sea como sea, te presentarás ante Su Majestad.

—Graciosa eres y ello hace que te perdone.

—No esperaba menos de vuestro corazón.

—Me lisonjeas también... como los demás.

—La verdad es siempre mi escudo, señor.

—¡Travesilla! Pero hablemos de cosas serias. Te voy a contratar por un mes en la Opera real... Lee el contrato... las condiciones. ¿Te convienen?

Quedó admirada de que fuese el mismo rey quien se interesase por el contrato, y leyó el escrito, muy favorable para ella y donde se le daban cincuenta mil marcos.

Dispuesta a hacerse valer la simpatía que había inspirado al monarca, solicitó:

—¿Y no podría subir a cien mil?

—¡Ambiciosa! Te quieres retirar pronto, ¿verdad?, y gozar de las ganancias.

—No... Pero quiero que el sueldo no sólo sea digno de mí sino de las manos de que viene.

El rey quedó encantado de la galantería de la extranjera y rectificó el contrato en las condiciones que ella impuso.

Después lo dejó sobre la mesa y continuó conversando con la danzarina.

De pronto un perro galgo salió de una habitación contigua y comenzó a husmear por el escritorio, cogiendo precisamente el contrato, que casi destrozó entre sus dientes.

La Barberina dió un grito, pero el soberano, sin alterarse, recogió los pedazos.

—¡Oh, señor! Tendréis que hacer otro contrato.

—Nada de eso. Quédate los trozos... Por suelte ha quedado intacto lo más interesante para ti.

—¿El qué?

—La cantidad.

—No me creáis tan egoísta, señor.

—Fué todo una broma, mujer... Mañana por la noche debutarás en la Opera. Si puedo, asistiré.

—Me disgustaría mucho que Vuestra Majestad no fuese.

—Y yo tampoco me lo perdonaría.

Muy galante le besó el rey la mano, y acompañó a la danzarina hasta la antesala, pasando entre dos hileras de cortesanos,

que tuvieron que reverenciar no sólo únicamente a su rey, sino a la dama que le acompañaba. En el fondo se escandalizaban de ello... ¿pero quién se atrevía a protestar contra los caprichos del monarca?

La jornada fué triunfal para la artista. No lamentó haber venido. Le agradaba ver como el rey no parecía insensible a sus gracias de mujer.

* * *

Un éxito grandioso coronó la actuación de la estrella. El todo Berlín de la época—desde los palaciegos a los artistas, desde la gente burguesa al pueblo, que se arremolinaba en las galerías altas—prestó adoración a la danzarina que con sus bailes maravillosos, en los que evocaba todos los ritos del arte y del amor, les transportaba a visiones del paraíso.

Su Majestad se dignó asistir a la representación y aplaudió suavemente cuando terminaba cada una de las danzas.

De pronto uno de sus altos personajes le murmuró al oído:

—¿Sabéis quien está en un palco? El conde Cagliostro.

—Me lo suponía... Su estancia en Berlín no aparece como cosa clara.

—No olvidéis que Austria y nosotros estamos a punto de declararnos la guerra, y que Cagliostro está al servicio del ejército austriaco.

—No lo olvido.

Y sin dar más importancia a la cosa salió a los corredores del Teatro y se dirigió a felicitar a la estrella triunfadora.

Después de invitarla para merendar al día siguiente en pa-

lacio, se despidió de la Barberina, a quien entusiasmaba la generosa conducta del rey.

Iba también ella a marchar, feliz por aquella primera noche de triunfo en Berlín, y contenta de ver que entre los que la habían aplaudido estaba el barón Cocceji, cuando recibió una tarjeta del conde Cagliostro, que decía así:

Querida Barberina: Acabo de hablar con vuestra madre que me ha invitado a cenar en su casa. No tardéis. Tenemos que hablar de cosas importantes.

Vuestro afectísimo amigo,

Cagliostro.

Hizo una mueca de desdén. Le molestaban todas las cosas que se referían a Cagliostro, antiguo amigo de su familia, hombre nebuloso en sus negocios diplomáticos, que siempre iba al acecho de oportunidades y de sorpresas.

¿Qué nueva aventura le habría traído a Berlín? ¿No sería seguramente alguna conspiración lo que él tramaba?

Con toda calma salió del Teatro y junto a la puerta encontró al barón Cocceji, quien murmuró arrobado:

—Mi más rendida felicitación.

—Se la agradezco.

—¡Ah! ¿Quién pudo sospechar que usted fuera la bailarina fugitiva?

—Yo en cambio, vi en seguida que era usted un personaje de la corte.

Pasearon largo rato juntos, bajo la suavidad delicada de aquella noche de primavera.

Cocceji iba experimentando por aquella mujer un sentimiento delicadísimo de amor que le hacía ver a aquella criatura superior a cuantas había conocido. Y porque era precisamente un sentimiento sincero, de alma, que surgía de lo más hondo de su ser, sólo sabía balbucear frases torpes, sin atreverse claramente a manifestárselo...

Ella, más mujer de mundo, más conocedora de los hombres, parecía adivinar y sonreía...

También Cocceji le había causado impresión, y entre todos los hombres que la amaron durante el transcurso de su vida y que ella creyó medianamente amar, ninguno le había causado la impresión de interés, de alegría, de misterioso júbilo que le producía la presencia del militar.

Se despidieron ante la puerta de la casa de ella, quedando en volverse a ver... Y la Barberina subió veloz y jovial a su casa,

donde su madre y Cagliostro habían terminado ya de cenar y lamentaban la conducta desordenada de aquella cabecita loca.

—Pero, ¿qué significa eso, Barberina? ¿Te parece bien hacer esperar de esa manera al señor conde?

—Sabía que venía a cenar contigo... y por eso no me di demasiada prisa. Le pido perdón, señor Cagliostro. Nos conocemos de antiguo y bien me podéis permitir esas faltas de etiqueta.

—Todo perdonado, porque tengo en súplica de vuestros servicios.

—¿Yo? ¿Qué queréis de mí?

—Hemos de hablar de asuntos graves.

—Ceno en un momento y luego oiré con calma.

Cambióse de ropa, ayudada por su doncella, y luego cenó con el apetito que dan los días de felicidad.

Terminada la cena la bella artista se dispuso a escuchar al maquiavélico conde.

—Parece que la suerte me favorezca, Barberina, y que vuestra venida a Berlín haya sido como algo providencial.

—No comprendo... Me mandó a buscar el rey... obedecí... y eso es todo.

—Pues debemos sacar ventajas de eso. Oídmeme bien. Sé que a Su Majestad el rey de Prusia no le parecéis indiferente y es preciso que sigáis cultivando esa amistad.

—¡Naturalmente!

—Mas para nuestro fin.

—¿Qué queréis decir?

—Mirad... si me ayudáis... habréis de percibir una verdadera fortuna, que os dará la nación austriaca.

—¿De qué se trata?

—La guerra entre mi país y Prusia está a punto de estallar. Es preciso, por tanto, que os procuréis, usando de la intimidad que parece habéis establecido con el rey, los planes del Estado Mayor de Prusia.

Se levantó indignada. Sus hermosos ojos negros echaban chispas de indignación.

—¿Me queréis emplear como espía?

—Como diplomática, si os cuadra mejor este nombre.

—Nada de eso. Ni una cosa ni otra. Pues no faltaba más.

—Es mucho lo que percibiréis.

—Y mucho también lo que perdería. Ante todo mi propia estimación. De ninguna manera. Puedo ser una mujer ligera, frívola, casquivana, una criatura que en el mundo no ha hecho otra

cosa que amar y ser amada... pero de esto a que me pidáis que traicione a Federico, hay un abismo enorme. No contéis conmigo.

—Os habréis de arrepentir.

—He venido a Berlín como bailarina. Nada más.

—Siento vuestra actitud. Y no dudo que cambiaréis de parecer.

No insistió más el conde Cagliostro y marchó con el disgusto de ver fracasado algo en lo que había confiado ciegamente... Ella quedó firme en su posición, no queriendo que contaran con su ayuda para menesteres de espionaje.

* * *

La Barberina comunicó al rey lo que pasaba. No sólo no quería ser cómplice de aquel proyecto tenebroso, sino que se apresuraba a dar cuenta a Su Majestad de los propósitos de sus enemigos.

Federico agradeció mucho aquella confesión.

—Si el conde insistiera, le dices que estás dispuesta a ayudarle.

Pero ella protestó con energía.

—No. A nadie quiero traicionar. No se ha hecho mi vida para esos menesteres. De mí nadie podrá conseguir nunca una traición. Ni para Vuestra Majestad ni para el conde Cagliostro.

—¿Pero seguirás siendo buen amiga mía?

—Esto siempre, señor.

—Eso me basta para mi plan.

Y el rey desde aquel día abandonó aparentemente los negocios del Estado para dedicar sus afanes, casi todo su tiempo, a

aquella mujer, bailarina de pies alados, pájaro de juventud y de belleza.

Por su parte el conde Cagliostro no perdía el tiempo en Berlín. Convencido de que no podía valerse directamente de la Barberina, creyó, sin embargo, que ésta le estaba favoreciendo, aunque involuntariamente, con su amistad con el monarca. Federico en vez de atender a los asuntos del Estado dedicaría su tiempo a la danzarina... y pensaba Cagliostro que mediante algún otro intermediario no le sería del todo difícil el conseguir los documentos del Estado Mayor de Prusia.

Avezado a buscar solución a todos los problemas, Cagliostro se enteró de que la Barberina tenía una doncella. Y que esta doncella tenía a la vez un novio que era escribiente del Palacio real.

Cierto día estuvo a visitarle en ocasión en que el amanuense se hallaba conversando con su novia, una linda y deliciosa muchachita.

—Tendríamos que hablar un momento a solas, Moller.

—Estoy a su disposición, señor conde.

—¿Tan grave es que yo no puedo escuchar de qué se trata? —preguntó la doncella.

—No es cosa de mujeres.

—Nuestros consejos valen mucho, señor conde, y si usted los necesitara...

—Gracias, pero no me interesan.

Se dirigieron los dos hombres hacia el cercano jardín, a pesar de las protestas de la joven, que pretendía juntarse con ellos. Cerraron la puerta, manteniendo alejada a la muchacha.

Cagliostro le planteó la cuestión, pura y simplemente, de la misma manera como se la había planteado a la bailarina.

—¿Os gustaría ser propietario de una casita?

—Eso a nadie le viene mal... pero son sueños para los pabres como yo.

—Pues yo puedo convertir en realidad lo que os parece una visión imposible.

—¿Cómo?

—Prestándome ayuda.

—¿De qué manera?

—Sé que intervenís en el despacho del rey.

—Bien, pero...

—La guerra entre Prusia y Austria va a estallar. El rey Federico tiene en su poder el proyecto del Estado Mayor prusiano

para atacar a nuestras huestes... y ese proyecto debe venir a mi poder...

—¿Y yo acaso?

—¿No véis clara vuestra intervención? Debéis sustraer estos documentos y entregármelos.

Moller arrugó el entrecejo.

—Pero pedís que traicione a mi patria.

—Es una pequeña cuestión de moral—le contestó cínicamente—. Podréis olvidarla fácilmente. En cambio la recompensa será importante. Una casita y unos cuantos millares de marcos... la seguridad de una vida en la que no sea necesario ningún esfuerzo.

Moller guardó unos instantes de silencio, después miró tras la ventana en la que estaba su novia, un poco extrañada por aquella conversación misteriosa, y en sus labios se entreabrió una sonrisa.

Miró de frente al conde y exclamó:

—¡Acepto!

—No esperaba menos de vuestro criterio.

—Y yo creo que vuestra generosidad sabrá cumplir lo que me ha prometido.

—Tal vez lo aumente mi agradecimiento.

Marchó Cagliostro satisfecho de haber encontrado un tan interesante colaborador, y fué en vano que la doncella preguntara a su novio alguna noticia sobre lo tratado.

Se negó rotundamente a decirle la verdad, asegurando sólo que la situación iba a cambiar para todos, pero que debía guardar sobre ello la mayor reserva.

* * *

No iba acertado el conde Cagliostro en sus elecciones. Primero le había fracasado la bailarina Sans-Souci, que se había negado a robar la documentación; ahora se engañaba con respecto a Moller, que no era el hombre fácilmente sobornable, o

que se deja deslumbrar por las perspectivas de un porvenir risueño.

Espíritu leal, no pensaba traicionar ni a su patria ni a su rey, pero más ducho que la bailarina, simulaba aceptar.

Y al día siguiente cuando se encontraba en el despacho del rey, comunicó a éste:

—Señor, el conde Cagliostro...

El monarca sonrió levemente mientras sorbía un poco de rapé, extraído de una cajita de oro.

—¿Ha intentado sobornarte?

—Sí, señor.

—Le interesan mis documentos, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Yo mantenerme eternamente fiel a Vuestra Majestad.

—Gracias, Moller.

Le tendió cariñosamente la mano y luego levantó ésta en actitud de amenaza, de indignación:

—¡Ah, traidores! ¡No me podréis vencer de tan ridícula manera!

—Señor, estoy dispuesto a ayudaros siempre.

—¡Bravo, mi buen Moller!

Permaneció unos momentos en silencio, y luego recobrando su habitual tranquilidad, continuó:

—Es preciso que Cagliostro no sospeche en lo más mínimo que me hayas puesto al corriente de su plan.

—El me ha ofrecido una casita y muchos millares si le entrego los planes del Estado Mayor de nuestra patria.

—No te preocupes por ello. Yo te ofreceré una casa cien veces más bonita que la suya. Pero debes realizar puntualmente mis instrucciones.

—Con alma y vida.

—Te daré unos documentos falsos, con un plan estratégico que no se tendrá que llevar a cabo.

—¡Magnífico!

—De esta manera les engañaremos y podremos caer sobre ellos con absoluta tranquilidad.

—Confíad en mi discreción.

—Así lo espero.

Y desde aquel momento Moller se convirtió, aparentemente, en un espía.

Comenzó a transmitir falsas noticias a Cagliostro y a entre-

gar a éste documentos que eran todo lo contrario de lo que realmente tenía concertado el Estado Mayor.

Pero, ¿cómo iba a sospechar el travieso conde que aquel Moller le engañaba de tal manera?

* * *

El rey Federico II continuaba su "flirt" con la danzarina Barberina, que seguía triunfando en la Opera Real.

Le era agradable y simpática la compañía de aquella mujer, que tan noblemente le había informado del peligro... Simpatía, nada más. Pero pasaba largas horas a su lado, como si quisiera demostrar al mundo diplomático y a sus gobernantes, que en la tierra no le importaba nada serio como no fueran las frivolidades del amor.

Le convenía hacerlo así... De esta manera Moller podía aparentemente maniobrar con mayor libertad en el despacho del rey y coger los documentos necesarios.

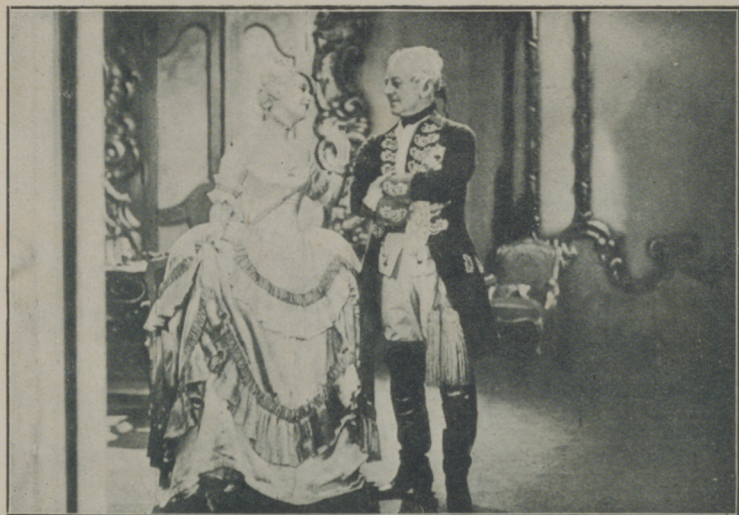
Cagliostro se felicitaba de que casi inconscientemente, con su amistad con el rey, la Barberina le ayudara en sus planes. Entreteniéndole con aquella amistad, dejaba abandonados todos los negocios, y el escribiente obraba con absoluta impunidad.

Barberina continuaba siendo la criatura ligera y frívola de costumbre. En su vida de mujer, solicitada por tantos adoradores, no había habido hasta entonces la adoración de un rey, y ahora le parecía de perlas que fuera Federico de Prusia quien se interesara tanto por ella.

Le agradaba aquel "flirt", aquel idilio suave, sin trascendencia para su corazón, pero que halagaba extraordinariamente su vanidad.



Sonreía gentilmente a todo el mundo...



—No pensaba verte por aquí...



La jornada fué triunfal para la artista.



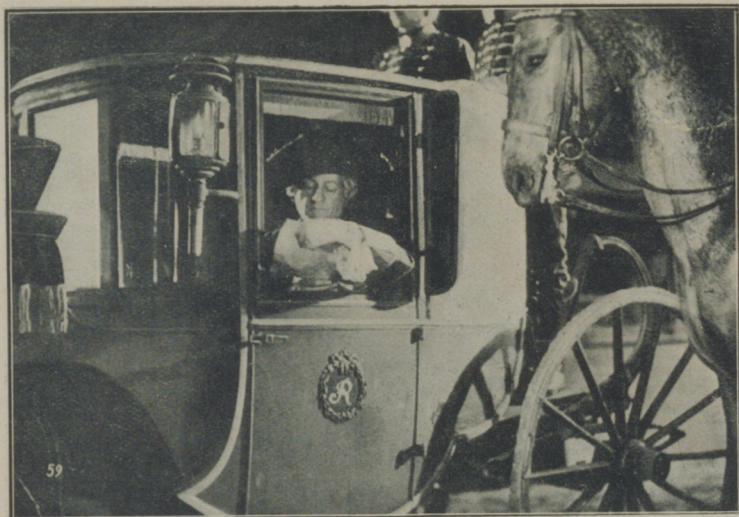
... para recibir la visita de algunos generales...



... se hallaba trabajando en su despacho...



—Te amé desde el momento que te conocí...



... iba al frente de batalla.



... se celebraba un concierto...

Jugueteando como una chiquilla, hacía sonreír al rey, que aparentaba tener en completo reposo sus negocios para dedicarse únicamente a la bailarina.

Se reunía con ella durante la mayor parte del tiempo. A veces el rey tenía que interrumpir su diálogo amoroso para recibir la visita de algunos generales o de otros personajes de la Corte. Y al despacho llegaban los ecos del piano o de una flauta que tocaba la Barberina y cuyos sonos hacían sonreír al monarca y poner nervioso a sus políticos.

Pero quería dar al espionaje extranjero, particularmente al conde Cagliostro, la sensación de que vivía adormecido por el encanto de una mujer. De esta manera le creían más desprevenido para obrar a su manera.

Un día habló de nuevo con la danzarina acerca de aquellos asuntos.

—Debes ayudarme, muchachita.

—¿Cómo, señor?

—Es preciso que indiques al conde Cagliostro que estás dispuesta a colaborar en sus planes, y que el "flirt" que sostienes conmigo lo realizas no por simple simpatía hacia mí, sino porque de esta manera secuestras mi voluntad y permites que otras personas puedan realizar sus proyectos.

—No comprendo, señor.

—Te puedo contar toda la verdad. Moller, mi escribiente, ha sido también comprado por Cagliostro. Comprado sólo en apariencia. Pues Moller, que es el novio de tu doncella, ha puesto en mi conocimiento todo lo ocurrido. Cagliostro quiere valerse de él como antes intentó valerse de ti.

—Yo no quiero saber nada de ese asunto. Majestad, permítame que me vaya de Berlín. Tengo miedo de que todas estas cosas acaben por complicar mi vida de una manera muy seria.

—No lo permitiré yo, porque serás siempre mi buena amiga. Escúchame bien. Dile al conde que estás dispuesta, a ayudarlo, en lo que quiera. Yo te habré de recompensar... por buena y por bonita.

Esta vez ella no protestó. Pensó por un momento en el barón Cocceji, que había tenido que salir de Berlín para unos asuntos. Este sí que era el verdadero amor, pero cada vez aquel muchacho aparecía más tímido y apocado, como si el cariño verdadero que sentía por ella pusiera trabas a sus palabras.

Bien; aceptaba... Continuaría su amistad con el rey, seguiría

siendo la favorita en el palacio, aunque todo ello fuera sin trascendencias de ningún género.

Y se apresuró a comunicar al conde Cagliostro aquella resolución, que mucho agradó al antiguo amigo de su familia.

Y desde aquel día la comedia adquirió un desarrollo normal. La artista con su "flirt", el rey abandonando aparentemente los negocios del Estado, Moller sustrayendo documentos de planes falsos, y el conde Cagliostro creyendo que todo iba a las mil maravillas y que en la próxima guerra la derrota de Prusia iba a ser cosa sonada.

Algunos generales del Estado Mayor de Federico II, los de mayor confianza y máxima responsabilidad, estaban enterados de ello, pero otros lo ignoraban y lamentaban la actitud del monarca, entregado a una vida que no parecía ser la más apropiada que las circunstancias requerían. ¿Cómo era posible que el rey olvidase sus deberes en horas de máxima responsabilidad?

Al pueblo, siempre un poco apartado, no llegaba ninguna noticia de las intrigas que se sucedían en la corte, y continuaba su adoración hacia Federico, en el que había creído siempre.

Federico sonreía ante las críticas. No todo era apariencias de frivolidad ni galantería en su vida de monarca. Cuando salía de las fiestas o dejaba la grata compañía de la Barberina, se encerraba en su despacho para estudiar a solas con sus políticos. los planes que habían de engrandecer el imperio.

Muy avanzada ya la noche se retiraba y decía a su criado, un viejo sirviente, leal y de nobilísima honradez:

—Ya lo sabes. Me despiertas a las cuatro.

—Sí, señor.

—Y si me hago el remolón no vaciles en el remedio.

—Pero...

—Es que si no lo haces te castigaré.

—¡Señor!

A las cuatro en punto, el leal sirviente se encaminaba hacia el cuarto de Su Majestad y llamaba débilmente a la puerta:

—Señor... Señor... ya es la hora.

El rey, fatigado, no abría los ojos, entregado a la delicia de un sueño reparador.

—Señor... Señor...

Ninguna respuesta. Entonces el criado cumplía las órdenes que le tenía dadas Su Majestad.

Llenaba un jarro de agua fría y tímidamente se acercaba al lecho y derramaba su contenido sobre la frente real.

Se estremecía Federico, abría los ojos en los que parecía brillar una inconsciente luz de indignación, pero de pronto se aclaraban y tenían como una luminosa alegría.

—Bien, mi buen amigo, bien.

Y poco después ya se hallaba trabajando en su despacho, estudiando y quemándose las cejas para conseguir una mayor grandeza de la patria.

* * *

Empezó a correr por la Corte el rumor de que entre el rey y la bailarina había algo más que una simple amistad, que eran, en resumen, amantes. No tenía mal gusto el rey... y ella demostraba ser una ambiciosilla, de las que gustan ser favoritas y tener regalos y castillos... propios.

No era cierto, sin embargo, aquel rumor del vulgo. Había únicamente un afecto platónico, del que la bailarina sacaba grandes ventajas, y él el figurar ser víctima de los halagos de aquella mujer.

Volvió el barón Cocceji a Berlín y cuando se enteró de los rumores que circulaban y supo además que la bailarina se pasaba largas horas en el palacio del rey, sintió un gran amargor, pero incapaz de luchar contra el monarca, guardó religiosamente en el fondo del alma su cariño y sufrió a solas la hiel de su desengaño.

Un día encontró ella al salir de palacio al joven Cocceji y sintió una gran emoción.

—Cocceji. ¿Cuándo habéis regresado?

—Hace ocho días.

—¡Y yo sin saber de vos! Bastante olvidada me tenéis.

—No os olvido, pero comprendo que estoy en desventaja.

—¿Por qué decís eso?

—No quisiera disgustar a Su Majestad.

—¿También vos recogéis los rumores de la calle? Es una simple amistad únicamente la que me une con el rey... Nada más.

—¡Oh, claro!

Dudaba aún y le faltaba valor para declararle que él la quería, pero no le parecía bien que continuasen aquellos amores.

—Venidme a ver a casa... y hablaremos.

—Gracias, señora.

Al otro día ella se encontraba en el baño, cuando estuvo a visitarlu el barón.

La danzarina, sin moverse del baño, se cubrió pudorosamente con un suave lienzo, no dejando al descubierto más que la bella cabecita.

Hizo entrar al barón.

El joven apenas osó avanzar de la puerta, un poco deslumbrado por la emoción que le causaba aquella criatura.

—Tengo la costumbre de recibir a mis amigos en el baño si vienen a esta hora, y yo no voy a hacer una excepción con vos... Pero, ¿por qué calláis? Decidme, ¿cómo han ido vuestros viajes?

—Muy bien, señora, y hoy venía a daros una noticia.

—¿Qué ocurre?

—Ha estallado la guerra entre Austria y Prusia, y yo tengo que ir al frente de batalla.

—¡La guerra ya! La presentía. ¡Oh, cuánto siento que tengáis que marchar!... Os invitaré a tomar el te... como despedida.

—Gracias, señora.

—¡La guerra! Cómo lamento que os vayáis...

—Ahora me permitiréis que me aleje, pero son momentos de peligro y tengo los minutos contados.

—¿Volveréis?

—Os lo he prometido.

Muy turbado marchó el oficial y a media tarde volvió a casa de la bailarina, que se sentía triste al pensar en que Cocceji se ausentaba.

Pero aquella entrevista quería ella que fuese decisiva; no le dejaría partir sin decirle que le amaba...

Se presentó Cocceji con su eterno aire de niño grande, tímido para el amor.

Demostró la misma cortedad, la misma timidez que únicamen-

te había vencido cuando por primera vez encontró a la danzarina en aquel mesón de las afueras.

Ella, bellísimamente ataviada, le sonreía picarescamente.

—¿Todavía sentís celos del rey?

—Celos, no... Nunca me consideré su igual... y sé que un cortesano no puede poner los ojos donde los ojos de un rey miraron.

—Pero ¿todavía no os habéis convencido de que el rey no es mi amante? ¿No sabéis que soy una simple amiga de Su Majestad?

—Tal vez sí... pero yo sé que también soy poquita cosa para vos.

Ella sonrió y cogiendo un libro comenzó a leer un dulce capítulo de amor. Narraba la historia de un príncipe tímido y arrogante, que no se atrevía a declararse claramente a la mujer que amaba. El escuchaba con interés.

Observaba la Barberina el efecto que producían sus frases y de pronto dejó el libro sobre la mesa.

El lo recogió y dijo galantemente:

—Me vais a permitir que continúe la lectura.

—Si sabéis componer...

—¡Naturalmente!—contestó creyendo, extrañado, que ella le había preguntado si conocía el arte de la lectura.

Su sorpresa fué grande cuando vió que era una libreta en blanco.

—Pero ¿dónde leíais?

—Inventaba. Tengo mucha inspiración.

El comprendió, emocionado, y cogiendo una mano de la muchachita, dijo:

—¡Barberina, os adoro!

—¡Te quiero, Cocceji!

—¿Y el rey?

—¿Vuelves con el rey? ¿Qué nos importa? Lo de él fué un asunto diplomático. ¡Tal vez tú ahora no lo entenderías!... Lo que siento por ti es el verdadero amor.

—Te amé desde el momento que te conocí, Barberina...—dijo devolviéndole la libreta—pero siempre tuve miedo de declararte mi cariño. Eras tan famosa en todas partes... Cuando fuiste para mí la desconocida del mesón, me sentí valiente y decidido; cuando supe que eras la bailarina aclamada por todo el mundo, no pude decirte que te amaba.

—Ahora nos querremos siempre.

—Pero ahora tengo que marchar a la guerra, tal vez morir.

—No, a morir, no. Si quieres, le diré al rey que permita que te quedes en Berlín.

El barón la miró con arrogancia.

—Eso no... Podría parecer cobardía, timidez... miedo... Iré a la guerra con la seguridad de que no ha de ocurrirme nada... y convencido de que volveré.

La entrevista se prolongó hasta primeras horas de la noche, una entrevista en que los besos tuvieron tanto valor como las palabras...

¡Feliz idilio aquel! Verdadero amor que unía el alma de un joven oficial con la de una bella mujer que encontraba, finalmente, el verdadero destino de su vida.

* * *

Declarada la guerra, el entusiasmo de toda la nación fué delirante. El pueblo, llevado de sus sentimientos imperialistas, tenía deseos de ensanchar las fronteras de su patria, de vencer a la Austria rival, que aún pretendía ejercer su hegemonía en Europa.

El propio Federico II iba a ir al frente de batalla. Le despidieron con ovaciones delirantes, y él, con su manga galoneada de oro, y una sonrisa afectuosa, saludaba al pueblo que ya le consideraba seguro vencedor; tal era la confianza que tenía en su caudillo.

Se había despedido Federico de todos sus fieles amigos y de un modo especial de Barberina.

Ella no quiso decir una palabra al rey acerca de sus amores con Cocceji, que partió también con el Estado Mayor... El

alma de la muchachita se llenó de tristeza, pero no quiso demostrar a nadie el espectáculo de su dolor...

El conde Cagliostro había marchado a su patria poco antes de ser declarada la guerra, llevándose todos los documentos que le había entregado Moller y que eran completamente distintos de lo que en realidad era el plan del Estado Mayor prusiano.

Pero ignorante de esta circunstancia, sin poder concebir la manera burda como había sido engañado, planeó con el Estado Mayor de su país la contraofensiva para atacar a Federico.

—La campaña durará poco tiempo. Estamos en posesión de todos los hilos del ataque prusiano. Esta vez abatiremos para siempre el águila orgullosa de Prusia.

¡Cómo se equivocaba! Ocurrió sencillamente todo lo contrario. Los austriacos, engañados por las falsas informaciones facilitadas por Moller, fueron completamente vencidos en una sola batalla.

Atacados por retaguardia, ignorantes de que por aquel lugar pudiera tener efecto el combate, envueltos por el avance arrollador y el magnífico despliegue de los prusianos, quedaron completamente derrotados.

La campaña duró poco tiempo. El Cuartel General Austriaco tuvo que rendirse y con él todas las tropas... Y por toda Prusia corrió un estremecimiento de loca alegría al ver el triunfo alcanzado por sus gloriosos ejércitos.

La Barberina estaba satisfecha, pensando en la próxima vuelta de su adorado. Moller era también feliz, pues el rey tenía palabra de tal, y sabría cumplir lealmente sus promesas.

Y una buena mañana de verano regresaron entre delirantes aclamaciones las tropas vencedoras.

Al frente iba el monarca, y las flores caían a su paso, y las gargantas enroquecían aclamándole, y las lágrimas se asomaban a muchos ojos, bañados por la más pura emoción.

Pudo de nuevo la bailarina abrazar a su adorado barón Cocceji. Pensaban casarse pronto. Aquella misma noche en la fiesta que se daba en palacio, le hablaría ella al rey de su propósito.

El rey parecía transformado desde su vuelta. Saludó con cierta frialdad a la Barberina, como si ya no necesitase para nada de la ayuda de esa mujer. Parecía volver a ser el rey austero y grave que quería alejar de sí todo elemento de frivolidad.

Le sorprendió a ella profundamente aquella transformación del carácter del monarca, y se sintió humillada.

¿Cómo era posible que hubiese perdido ya aquella influencia?

Ella no amaba al rey, pero tenía la vanidad de que el rey pareciese considerarla siempre en todas partes como a su más bella favorita. Su condición de mujer experimentó una fuerte contrariedad.

Por la noche se celebraba un concierto de piano, que daba el famoso músico Bach, con varias melodías originales.

Al mismo concurrían el rey y lo más florido de la corte. No faltaron tampoco el barón Cocceji ni la Barberina.

El ilustre músico, entre un silencio sepulcral, empezó a tocar una de sus preciosas sinfonías, alimento exquisito para almas de paladar delicioso.

Pero la bailarina era una muchachita que amaba la risa, el jolgorio, la alegría, que sentía en su corazón brincar el entusiasmo y la emoción del amor, y no podía estarse quieta y grave en aquel ambiente. Varias veces miró al rey, pero éste no parecía atenderla para nada, dominado por la influencia del arte.

La Barberina no pudo resistir el ver tantas caras serias y graves, y se echó a reír, con una carcajada breve pero tan sonora, que conmovió como una detonación el silencio del ambiente.

Lanzóle el rey una severísima mirada de enojo, y la joven, a pesar de su constante tranquilidad, tembló, creyendo haber ofendido gravemente a la real persona.

Cuando terminó la fiesta, el rey fué a felicitar personalmente al artista ejecutor y luego desfiló por entre las hileras de artesanos que se inclinaban a su paso.

Al pasar ante la bella bailarina, ésta se inclinó y también le sonrió suavemente.

—Perdonad, señor.

—Me he enfadado de veras...

—Tuve que reírme...

—Hoy era dedicada la noche a Bach, no al baile ni a la canción... ¿entiendes? Bach, sólo hay uno en toda Alemania; mujeres bonitas... aunque sean tan bonitas como tú, hay muchas.

—¡Señor!

Todos quedaron aterrados ante aquella contestación del rey, y de un modo particular la bailarina y el barón Cocceji, que creyeron en un fuerte castigo por parte del monarca.

Y aterrados, los dos jóvenes acordaron inmediatamente la huida para el día siguiente. Marcharían al extranjero; lejos del enojo de un rey incomprensible y absurdo, que después de haberse valido de la bailarina para el mejor éxito de sus planes, ahora la trataba con implacable severidad.

* * *

Al día siguiente, Moller, que deseaba hacer rabiarse un poco a su bella novia, dijo a ésta:

—¿Te gustaría ser propietaria?

—Me gustarian muchas cosas... de las que debo quedarme en ayunas.

—Eres muy modestita y tienes poca confianza en mí... Para que te enteres... Soy propietario.

—¿Tú?

—Y de una preciosa casita.

—¿Te estás burlando?

—Tengo ya la documentación.

—¿Y cómo ha podido ser eso? Habla por Dios... Dime...

—Pues... entregando unos planes a los austriacos.

—¿De veras?

—Todo un plan estratégico.

La muchachita, que era una buena patriota, se echó a llorar.

—¡Qué infame eres! Haber vendido a nuestro país... Vete... vete... No quiero saber nada de ti.

—Es que no se trata de eso, sino de lo contrario.

—No comprendo.

—¿Te acuerdas del conde Cagliostro?

—Sí.

—¿Te acuerdas del día de aquella conversación?

—¡Ya lo creo! No tuvimos poco disgusto porque no me quise decir de qué se trataba...

—Pues ahora lo vas a saber todo. El conde me propuso apoderarme de unos documentos que tenía el rey; yo simulé aceptar, pero comuniqué al monarca lo que pasaba, y de acuerdo con éste,

facilité al conde documentos falsos... Y gracias a ellos ha sido posible una victoria tan rápida de nuestras armas, y el rey, agradecido, me entrega el mismo precio que el conde quiso facilitarme.

—¿No me engañas? ¿De veras eres tan gran personaje?

—Lee esos documentos y te convencerás.

Ella leyó y se enteró de que eran fiel reflejo de la verdad las palabras pronunciadas por su novio. Y le premió con besos y rompió alegremente varios platos con el entusiasmo de sentirse ya libre de toda suerte de servicios para aparecer pronto como verdadera propietaria.

* * *

Eran febriles los preparativos para la marcha. Iban a salir aquella misma noche en una diligencia. Marchaban al extranjero para formar allí una nueva vida.

Pero cuando iban ya a salir y tenían arreglado su equipaje, recibieron la más inesperada de las visitas: la del rey, que con su luminosa imaginación había barruntado la huida de la danzarina.

—Quedaron atónitos, con el espanto de encontrarles *in fraganti*, pretendiendo marchar y sin tener autorización real.

—¡Muy bien, muy bien!—dijo el monarca en tono sereno—. Preparando la huida, el viajecito, ¿verdad?

—Señor...

—Un oficial de mi guardia que pretende marchar sin mi permiso... y una bailarina que deja incumplido el contrato. ¡Bien! ¡Magnífico! Nunca pude sospechar eso de vosotros.

La bailarina declaró noblemente:

—Señor, voy a deciros la verdad. Amo a Cocceji y temía que en esta ciudad perdiera mi libertad.

—Lo dices por lo del concierto, ¿verdad? ¡Ah, muy disgustado me pusiste! Reírse ante Bach, ante una de las glorias más legítimas de nuestra patria. No tiene perdón lo que hiciste.

—Yo os lo ruego. Castigadme a mí, pero a ella dejadla libre, señor—indicó el barón noblemente.

El rostro del rey, que hasta entonces había tenido un aire grave, se iluminó con una sonrisa.

—Levanta, barón. Ya se me pasó el enojo y nada debéis temer ni la Barberiba ni tú.

—¡Oh, señor!

—Pero os debo una explicación de mi conducta. Lo que algunos llamaban mi *flirt* con la Barberini, es cosa ya terminada. Nunca fué amor, sino amistad, y es preciso que lo sepas, Cocceji, para que no tengas ni sombra remota de celos.

—Tratándose de Vuestra Majestad, no los tendría.

—Tratándose de mí, como de cualquier hombre, los celos existen. El corazón humano no distingue de categorías ni hace excepciones para nadie.

—Señor...

—Tú, acaso no lo sepas todo, barón, y es preciso que te lo diga. Mi amistad con la que ya es tu novia, fué únicamente para engañar a Cagliostro, que de esta manera me creía despreocupado por las cosas de mi país, y esa despreocupación permitía que otro cómplice entrase en mi despacho y se fuera apoderando de mis documentos...

Y relató todo lo sucedido, elogiando la nobleza de la bailarina y de Moller.

—Pero eso ya se ha terminado, Barberina. Te faltan pocos días para acabar el contrato en el Teatro Real. Lo puedes rescindir, si quieres, pero yo te rogaría que no nos privases de tu encantador arte. Más tarde os podéis casar y...

—Señor.

—No he concluído todavía. Ya no irás todas las tardes a palacio, me limitaré a verte en el teatro. Ya no me eres necesaria, mujercita; ésta es la verdad. Ya no precisa que yo simule distraerme de mis asuntos de Estado. Debo recuperar por entero mi fama de austeridad. Amigos nada más. Yo apadriné vuestra boda

y no habrá en el mundo persona que os desee mayor felicidad que yo.

Estuvieron a punto de caer de rodillas ante el buen rey, que de esta manera protegía sus amores.

La Barberini, a pesar de su ligereza, sentía ganas de sollozar.

—Majestad, ¿me permitís?

—Di.

—Acabará el contrato y lo prorrogaré, si tal deseáis.

—No. Sería demasiado sacrificio. No puedo tolerarlo. Cumplir y nada más. Y tú, barón, continuarás en mi ejército, donde desde hoy ascenderás a comandante. En el extranjero sería peligrosa vuestra permanencia. No olvidéis que Cagliostro y su gente os perseguirían.

El buen rey salió de aquella casa dejando a una pareja feliz. El no habría de ser obstáculo para nadie, se reintegraba únicamente a sus funciones soberanas, de buen protector del pueblo.

* * *

Semanas más tarde se celebró con todo esplendor la boda entre la bellísima bailarina y el arrogante barón.

La ceremonia fué honrada con la presencia del monarca, que de esta manera quería honrar a los que habían sido sus fieles colaboradores.

El pueblo no cesó de aclamar ni por un momento al rey y a los recién casados, demostrando su gran satisfacción por el casamiento de aquella danzarina extranjera cuya simpatía había logrado conquistar el corazón de Berlín.

La madre de la Barberini no ocultaba su júbilo por el gran

acontecimiento que permitiría que su hija sentase al fin la cabeza.

Por la tarde, después del banquete de bodas, hubo baile y canto, y la señora Barberini se empeñó en cantar, asegurando que en su tiempo había sido una gran artista.

Desgraciadamente, no podía decir que quien tuvo siempre conservó algo para la vejez, pues sus facultades de cantante eran tan escasas y estaban además tan mal aplicadas, que la risa fluía a todos los labios al oírla.

Cuanto la escuchaban tenían que esforzarse por disimular su espíritu burlón.

Entre los invitados a la fiesta no faltaba la doncella de la Barberini, ni su novio Moller, ascendido también por Su Majestad al puesto de uno de sus secretarios.

Estaban, pues, todos los protagonistas de aquella comedia de intriga y de amor, en que, como en los cuentos ingenuos, triunfaron las buenas personas.

El único derrotado fué Cagliostro, que juró un odio fervoroso contra los que de una manera tan definitiva le habían engañado.

—¡Ah, si un día les encuentro, no gozarán demasiado de su impunidad!

Meses después se concertó un tratado de paz entre Austria y Prusia, en el que ésta, con verdadero espíritu imperialista, impuso condiciones sin la menor consideración para el vencido.

Restablecidas ya las relaciones entre los dos Estados, el conde Cagliostro consiguió entrar nuevamente en territorio alemán, no llevando otro deseo que el de su ferviente venganza.

Pero las autoridades vigilaban, y un día, cuando iba a introducirse en casa de Moller, seguramente con el propósito de matarle, fué detenido por la policía, permaneciendo varios meses arrestado y siendo expulsado del país, con la enérgica orden de que si regresaba sería condenado a muerte.

No se atrevió a volver. Sabía que el rey cumpliría su palabra, pues no quería que les ocurriese daño alguno a sus amigos, y, para evitarlo, recurriría a los remedios definitivos.

Por fortuna nada volvió a suceder... La bailarina, enamorada de su marido, pero enamorada también del arte que había dado luces de gloria a su nombre, volvió a actuar en distintos teatros de Alemania, siempre con el mismo singular éxito.

El barón compartía sus triunfos y los aplausos dirigidos a ella era como si fuesen para él. Aplaudían a lo que era suyo, a la mujer adorada, a la que embellecía la vida con la alegría de su amor.

Era él su más fervoroso admirador, y la artista se sentía dichosa entre la doble corona de admiración y de amor con que su vida, clara y mágica, se deslizaba suavemente...

FIN

Números publicados:

CHANDÚ

por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.

EL DINERO TIENE ALAS

por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.

La magnífica opereta

NO QUIERO SABER QUIEN ERES

por Gustav Froehlich y Liane Haid

LA MUJER PINTADA

por Peggy Shannon y Spencer Tracy

¡ALÓ, PARIS!

Josette Day, Germaine Aussey, Wolfgang Klein, etc.

PÁJAROS DE NOCHE

Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Ediciones Especiales	1'— pta.
La Novela Cinematográfica del Hogar.	0'30 »
Exitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Aventuras Film.	0'15 »

Ediciones BISTAGNE- GARANTIA DE EXITO

Sea usted lector de las selectas e inimitables
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA

Acaban de aparecer:

TERESITA

por la pareja ideal Janet Gaynor y Charles Farrell

— y —

La sensación de la temporada

LA PELÍCULA DE LAS ESTRELLAS

Greta Garbo, Joan Crawford, John Barrymore, Lionel Barrymore, Wallace Beery, Lewis Stone y Jean Hersholt, en

GRAND HOTEL

Número especial y fuera de serie. Crítica - Biografías - Argumento de la película. 16 sugestivas ilustraciones.

Precio el de costumbre: **1 peseta**

Acaban de reaparecer:

EL BESO

Creación de Greta Garbo

— y —

EN CADA PUERTO UN AMOR

por Co chita Montenegro, José Crespo, etc.

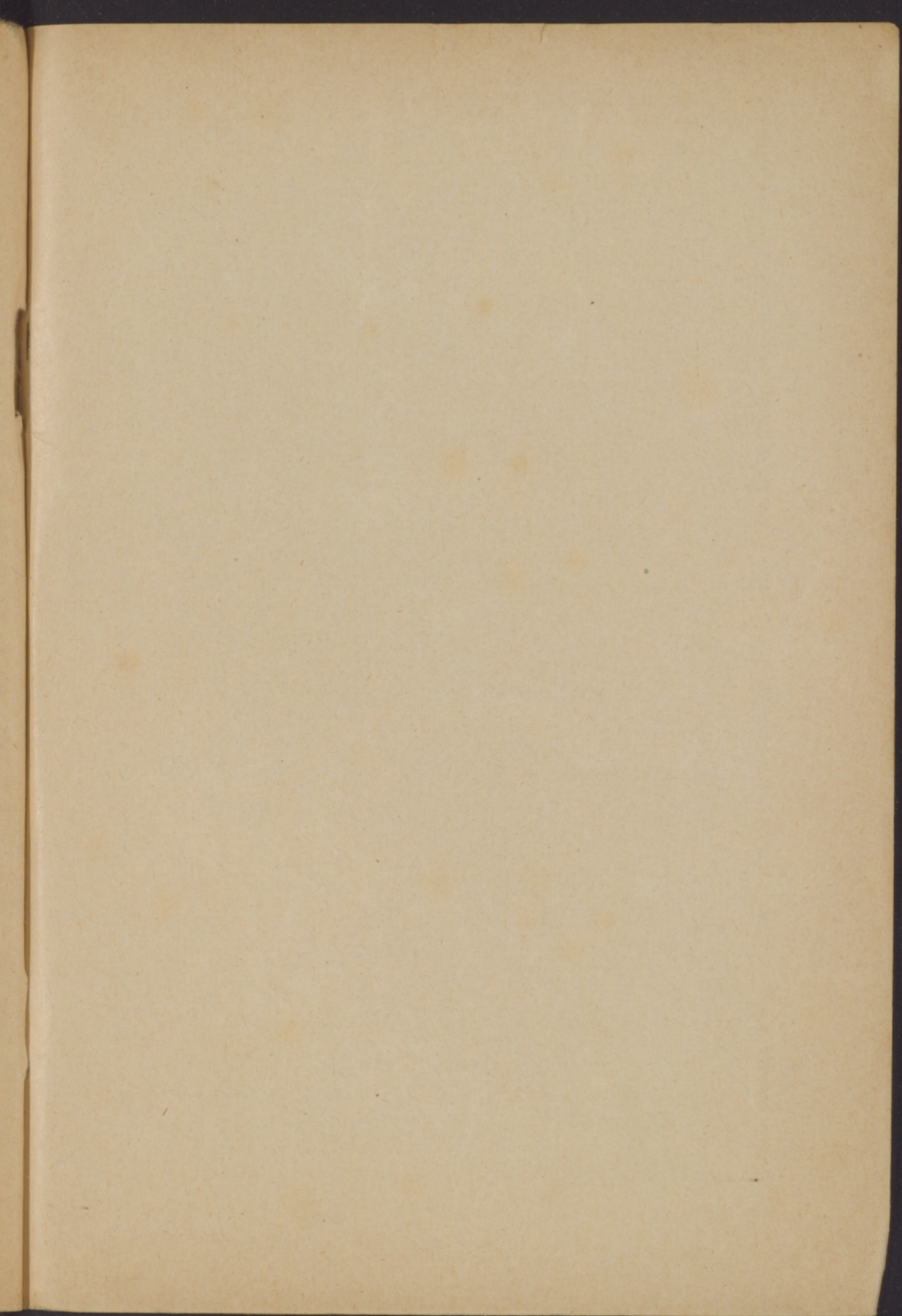
¡Siempre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona



E. B.

